

## RELATO...

...escrito y leído en la biblioteca municipal, el 23 de abril de 2018 con motivo de la celebración del Día del Libro durante la presentación de la obra "Lo que caminé contigo" de Rafael García Navarro.

¡Mira, fíjate en esta foto... ¿Quiénes son? Ahí detrás se ve a "Ubalito", siempre tenía que aparecer en todas las fotos de las bodas; si no parecía que ni era boda ni era nada. Creo reconocer a Juanito "Paliza". Juan fue juez de paz. Fue el que casó a Gema y a Rino cuando vino Isabel Gemio y el "Sorpresa, sorpresa" ¿Te acuerdas? La del otro lado es su mujer, "la" Gloria, los novios tienen que ser familia de ellos... ¡Ah, ya los conozco, cómo no! La novia es "la" Tere, la hija de Augurio el relojero, el que vivía en Los Caños. Alguna vez le llevé un reloj de cuerda para que me lo reparara. La casa de Augurio y de "la" Placi está justo detrás de los Caños. Desde su balcón se pudo contemplar en lugar privilegiado la riada del año 79, la que se llevó por medio la tómbola, los caballitos, los coches eléctricos y a Enrique con su bici. No hubo desgracias humanas porque Dios no quiso. ¡Para una vez que se les ocurre bajar el ferial allí, la que se lió!

Me gusta ese barrio desde siempre, con sus tiendas, la de Nazario, la frutería de Tello, la carnicería del "Chispo", el despacho del tío "Vaquero" y la taberna de "Acelguilla". Siempre ha sido un barrio lleno de críos. Desde el Arrabal, La Zanja y el Olmo Rodajo, La Frontera, la calle Empedrada y Las Barreras bajaban hasta San Juan. Por allí siempre se veían a los "Monagos", los "Lecheros", los "Planchas", la recua de Tello, a "Gatita", al muchacho de Antonio y "la" Gloria, a los de Arsenio, a las hijas del "Feo" y a las del "Moreno" y a muchos más. Yo no sé cómo se apañaban los críos pero siempre tenían algo entre manos, cuando no estaban jugando al fútbol en los lavaderos estaban cortando cañas para hacer una choza por allí por las huertas. Lo que tenía mucho peligro era la obra esa de los pisos de la calle Villamanrique, los muchachos se colaban y saltaban de un piso a otro sin ninguna protección. Me han contado que una vez en los pisos de los Curas, en San Miguel, uno de los de Esteban el practicante se cayó de cabeza en un bidón lleno de agua que había en la obra y que si no es por otro chico mayor se ahoga allí mismo. Aquellos pisos pudieron traer un disgusto mientras estuvieron en obras. Con los "Pachos", los "Balas" y los que había por allí, cualquiera se fiaba.

Volviendo a la foto, que me voy del tema, el novio es Agustín el de las televisiones, no hay duda. Es el hermano pequeño de Juanito. Trabajó con el tío Raúl, allí en la calle de la Arena. El tío Raúl fue herrero antes que comerciante de la radio y la televisión. Eso se notaba en sus enormes manos, con las que inexplicablemente tocaba el píccolo, y por sus "bastos modales", por decirlo de manera fina. Durante los años cincuenta vió la oportunidad de progresar en los negocios y cambió la herrería por la tienda de aparatos de radio. Las primeras radios de galena venían desde la Philips o la Marconi, de Madrid, pero más tarde el tío Raúl empezó a fabricar sus propios aparatos con su propia marca, "Vincitor" y que tenía lo que hoy llamaríamos su propio "logo": un impresionante Atlas sujetando la bola del mundo y a sus pies la marca del aparato, "Vincitor".



Vendió muchísimos receptores de radio, no solo en Santa Cruz sino en toda la comarca e incluso en muchos pueblos de la provincia de Cuenca. Agustín a veces cuenta las calamidades que pasaban para llevar esos grandes aparatos a pueblos perdidos donde ni siquiera la vieja furgoneta cabía por un pedregoso camino y había que abrirse paso a base de piqueta, martillo y cortafríos. El tío Raúl fue el segundo marido de la tía Carmen. El primero, que se llamaba Agustín, como el de la foto, murió durante la Guerra Civil, cuando estaban recién casados. Para dedicarse a fabricar aparatos de radio el tío Raúl tomó como aprendices a dos de sus sobrinos, Agustín y Jesús "Caldusa". Al final, muchos años después, fue Agustín el que continuó con el negocio de los electrodomésticos, cuando ya la radio había quedado atrás y eran la televisión, los frigoríficos y las lavadoras automáticas las que se vendían en esa España que salía de su gris letargo. Y eso que Agustín estuvo a punto de irse a trabajar a Suiza cuando el tío Raúl no se decidía si volver a su herrería o entrar en el mundo de la venta y reparación de televisores. Al optar por lo segundo, Agustín se quedó para hacer el curso de reparación de TV y así dar servicio técnico para los televisores vendidos. Me contaron una vez que en este tránsito de la radio a la televisión un paisano (obviaré el nombre para no hacer más chanza) fue con su aparato de radio debajo del brazo a devolverlo porque estaba averiado. Al preguntarle que cual era el problema, pues en una primera inspección no se encontró defecto ninguno, el propietario del aparato indicó que quería devolverlo porque en esa radio no se escuchaba cantar a Molina, mientras que en el de su "cuñado" se le oía casi todos los días. Del mismo calibre es la anécdota aquella del que se fue para la tienda de Raúl con su aparato de radio porque se había "enterao" que se le podía hacer un injerto para ver la tele en él.

La vida por entonces en Santa Cruz era muy diferente a lo que ahora conocemos. La gente vivía más en la calle, en los bares y tabernas no faltaba nunca un parroquiano, con dos pesetas se vivía (mal pero se vivía) y esa vida en los barrios traspasaba el día a día y se convertía en celebración multitudinaria cuando había una matanza o cuando llegaba el tiempo de los belenes o cuando, me acuerdo

ahora del barrio de San Pedro y de las Cruces, a Manolito le daba por hacer una Falla para celebrar San José y allí se congregaba medio pueblo para ver la particular ocurrencia de alguien que fue mucho más que un vendedor de cosas imposibles. Manolito era hermano de "la" Placi", la mujer de Augurio y también hermano de "la" Eusebiā y de Matías, el marido de "la" Destierro. Una de las hijas de Matías, "la" Mari Carmen, se casó con un "Pollo", y durante algunos años vivieron allí abajo, en la finca del río. La otra, se casó con Melquiades, el de Cabezamesada.

Pero no quiero olvidarme de Manolito. Todavía puedo verlo en su tienda de la calle Mayor, al lado de la Farmacia de Rafa. En aquel cuchitril frío y oscuro podías encontrar de todo, se podía hacer la quiniela, comprar revistas y cuando llegaba el tiempo ir a por los cromos del BIOCIENCIAS Y EL GEOCIENCIAS. Manolito era un creador de alegría en sobre. Vendía confeti hecho por el mismo, recortando con paciencia todo papel que caía en sus manos. Me contaron que una vez vendió participaciones de un número de la Lotería de Navidad. Era un número bonito, de esos que a la gente le gusta comprar. Afortunadamente ese año no tocó nada en ese número y las participaciones volvieron a ser otra vez un simple papel. Digo afortunadamente porque Manolito vendió muchas participaciones... pero nunca compró el número. Creo que a estas alturas me perdonará si hago pública esta "avería". Creo que si hubo delito ya habrá prescrito. No te parece...



Creo que tampoco le hubieran excomulgado pues siempre que podía tenía preparada una broma para el más despistado, algo que hacía que los de su alrededor fueran u poquito más felices. No sé yo lo que hubiese pensado don Severino, aquel cura, cura, que tuvimos durante la década de los sesenta y parte de los setenta. Don Severino fue reverendo de sotana, de los de toda la vida, de misa en latín hasta el Concilio Vaticano y de los que había que besarle el anillo cuando te lo cruzabas. Así ocurrió que cuando llegaron al pueblo José Luis y Antonio, los curas de Los Navalucillos, el pueblo sufrió una pequeña revolución. Aparecieron las reuniones de católicos, matrimonios y sobre todo conectaron con la gente joven y con los niños. Funcionaba el movimiento Junior y aunque habrá a quien le guste y a quien no, el pueblo empezó a moverse culturalmente y socialmente. No solo gracias a los curas sino a los grupos de jóvenes que empezaban a tener más inquietudes que a ver cuándo iba a llover para

poder sembrar o a cuanto se pagaría ese año el jornal de vendimia. Sí, hacía falta mucho dinero para comprar cosas básicas pero cada vez más se empezaba a ver un horizonte con más luz y más perspectivas. A don Severino lo sustituyeron don Antonio y don José Luis; don Ángel, don Pedro, don Víctor y doña María fueron dejando su puesto a don José, doña Rosina, don Miguel, doña Juana Mari, don Enrique y doña Isabel, don Cándido, don Felipe y don Gregorio entre otros. Tras don Félix en el ayuntamiento, aparecieron Santiago y después Manuel Figueroa. Como diría Alfonso Guerra años más tarde, "a España no la va a conocer ni la madre que la parió", Santa Cruz de la Zarza también empezaba a dejar de conocerse en una continua evolución y cambio. Ya habían pasado los años en los que "Polonio" o "El Cordobés", el hojalatero, recorrían las calles y dormían en cualquier sitio. Aquellos fueron tiempos en los que recuerdo cómo un señor con una moto paraba en cualquier calle y sacaba de una maleta marrón que llevaba en el soporte un innumerable montón de frascos de colonia de un litro. Las madres y las hijas salían a ver el producto ofertado con pequeños frascos en la mano para comprar veinte céntimos de colonia de Barón Dandy o de Flor del Blasón. El vendedor ambulante despachaba la colonia de una forma muy curiosa: disponía de una pera de goma que absorbía el líquido de la botella grande y que posteriormente, presionando esa pequeña vejiga de goma introducía el líquido en el frasquito de la compradora. Esas colonias, su modo de distribución, son algunos de los productos que ya no hallaremos en nuestra vida diaria, lo mismo ocurre con los caramelos SACI que comprábamos donde la tía Lili o donde "Copera", los pastelitos "reveníos" de "Crispín", la zarparrilla que preparaban allí en el Arrabal, en el "Chispazo" o el arrope que la tía Nico preparaba en su portada de la calle Llano. Piensa que en muchas casas tener agua corriente o un servicio era algo todavía impensable y había que salir al Corral para hacer "aguas mayores o menores", con un sarmiento en la mano para que no se acercara el gallo a darte un picotazo. En los barrios más humildes, como en el Arrabal y Santa Lucía, todavía había gente que por necesidad habitaba las cuevas hoy medio derruidas que miran hacia Villarrubia y Colmenar. Por allí sí que había prole. Me acuerdo de los "Ratones", los "Regalines", los "Calabazas", los "Lañadores", "Pitón", los "París", Los hijos de Dionisio el pastor, Las "Pollas", que tenían tienda, los "Gollés", los "Macutos", los "Tartajas" y tantos y tantos otros. Aquello era un sinfín de niños y jóvenes que hacía que el barrio fuese el más bullicioso del pueblo. Por supuesto, no había ni una sola calle asfaltada así que en días de tormenta o temporal había barro hasta dentro de los calzoncillos. Con poco o ningún tráfico siempre había carreras a pie o en bicicleta desde la ermita de Santa Lucía hasta el Pozo Viejo o por la calle de las Cuevas hasta bajar a San Antón por el Cañejo. Allí nunca había dinero pero siempre había fiesta. Y todavía la hay hoy en día cuando llega Navidad y se monta el "Belén de los Candiles". Ahora, cuando grandes casas aparecen donde antes había eras y alcaceles, ya no se ve a las niñas y jóvenes con la costura, al solecillo de la tarde en la puerta de casa, cosiendo sábanas o bordando mantelerías para el ajuar, pero todavía allí se pueden contemplar seguramente los más bellos atardeceres y

puestas de sol de todo el mundo (y no exagero). La misma puesta de sol que inunda de rojo intenso el cielo en Los Pajares o en mirando desde la Casa de las Morras o asomándose a Buenamesón y a las Salinas en las tierras de abajo. Los de mi generación tuvimos la suerte de poder recorrer, con una inexplicable libertad vista hoy en día, las tierras y parajes de un infinito término municipal que tiene tantos contrastes y tantos rincones que nunca me cansaré de mirar y de imaginarme en mis años de niño. Tan pronto aparecíamos en la Huerta Chacón para comer nos las guindas de Martín, como en el Cerro de la Encantada, donde teníamos una cueva a modo de refugio. Podía haber muchachos lo mismo en los Villarejos como en el Zumacar o más allá del Gramón y de la Huerta el Carro, en la balsa de "Caracol", en las Eras blancas o en las de Las Nogueras, donde los partidos de fútbol podían durar desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la noche y donde el equipo lo formaban veinte o veinticinco contra otros tantos. Por aquel barrio de San Pedro, entre las huertas y las eras se criaron los "Colinos", los de Santiago el "Calvo", los "Brujos", los "Foliques", los de Casildo y las de Joaquín "Horquilla", "Tábanos", "Roques", "Morenos", las "Meloneras", los "Capelas" y los "Chinches", las de "Perfeto" y los de "la" Chata y el "Grajo". Por eso, en verano, nada más después de comer el cocido casi diario y haber bebido un refrescante vaso de gaseosa "La Gramonera" o de "La Flamenca", de las que repartía "Chicharrón", salías corriendo hacia la calle con los bolsillos llenos de chapas o de bolas de gua. Con suerte algún vecino o amigo se presentaría con el balón de fútbol que le habían regalado por su cumpleaños o por la comunión. Si, además de los del barrio estaban los primos que habían venido de Madrid, o de Valencia o Barcelona o Francia o de donde fuera que estuviesen sus padres trabajando, entonces aquello era ya la repera. En la época que se ponía de moda el gua y las canicas todo el mundo a buscar bolas de cristal por las tiendas. Los más listos bajaban al taller del tío Santiago, en la calle de los Serranos, para ver si les daba alguna bola de acero de los rodamientos viejos. Con una bola de esas no había dios que te pudiera ganar una partida. Cuando la moda cambiaba y tocaban trompos y trompillas los de mi barrio teníamos que pasar obligatoriamente por la tienda de Félix "Jaulilla" en busca de un trompo que no fuera muy carrasco. Si solo le quedaban "trompillas" estaba mal la cosa porque o la capabas o los mayores te la tiraban por lo alto de cualquier tapia.

Los años nos han traído progreso, prosperidad y mejor calidad de vida, pero a cambio se han llevado las partidas de "guá", los juegos como el "rescate", sobre todo cuando valía correr por todo el pueblo, y los rodiles y las eras, lugar de reunión y de charla. Ese progreso se consiguió a base de duros días de trabajo y de esfuerzo. De niños y jóvenes empleados en recolecciones (vendimia, aceituna, lentejas, garbanzos, remolacha) o de niñas y menos niñas ganando una miseria en talleres de costura de emprendedores como "la" Carmen, "la" Paca, "la" Mada o Rafa. Un bolsillo, una peseta; un par de hombreras, veinte céntimos, una camiseta, un duro. Bienaventurado aquel o aquella que estuviese dado de alta en la Seguridad Social... Menos mal que, por lo menos, luego podías salir a echarte un botellín a unos cuantos bares que cada vez



más modernos iban sustituyendo a las viejas y pequeñas tabernas. Por supuesto que las discotecas (especialmente la Gehisa) marcaron una época en la vida de los santacrucesos, pero también otros locales como *El Patio* (y sus famosas movidas) o el *Clarens*, el único sitio que abría el Viernes Santo y donde se empezaron a proyectar las primeras películas porno que llegaron al pueblo. Eso sí, tenías que quedarte hasta pasada la una de la mañana y pedir una consumición obligatoriamente. El último gran local de Santa Cruz fue *El Revés*, el proyecto que Julián "Paquete" vislumbró cuando dejó la cabina de *la Gehisa*. Todos y todas hemos vivido en estos lugares tantos momentos que hoy parece que estábamos allí más tiempo que en nuestra casa. El ocio en Santa Cruz de hoy en día ha cambiado y aunque Serrano siga teniendo abierto *El Sótano* y sigan funcionando *El Casino* y *El brillante*, el recuerdo de la Plaza y de la calle Mayor llena de gente sigue estando presente en la mirada del que conoció la tienda de Cruenza, la del tío Ignacio, la farmacia de Inocencio, la pescadería de Leoncio y la Churrería, la tienda de "la" Eulalia, el taller de Gayarre y la taberna de Almarza o la casa de Carlos el Sastre y la Guada, los dos estancos, la tienda de "la" Aguedita, la de Cesar el fotógrafo y la de "la" Marite. Igual que cada una de ellas fue cerrando, poco a poco también nuestra vida fue cerrando páginas para abrir otras igual de interesantes y de estimulantes.

Los instantes impregnados en los adoquines de esa calle Mayor, de la Plaza, de la subida a la Encomienda y los secretos escondidos en los rincones de la Glorieta nunca dejarán de pintar el recuerdo de varias generaciones, de aquellos y aquellas que se fumaron un cigarro a los pies del Sagrado Corazón, que compraron chucherías y baratijas en el puesto de "la" Paca "la Bartola" o en el de "la Florilla" o en el del tío "Rana", que pidieron un pastelillo en "El Nido" o un "helao del corte" en el puesto de "la Chata". Los mismos que un día corrieron hasta el Pósito para devolver un libro del "Club de los Siete Secretos" o de "Los Cinco" a "la" Angelita la de la Biblioteca. Todos vimos salir alguna boda de la Iglesia de Santiago o la de San Miguel, una boda con novia de blanco vestido, con novio de traje negro, con padrinos y acompañantes, arroz volando por el aire y "Ubalito" que dejaba por un momento su recogida de cartones para irse a poner en las fotos detrás de la pareja. Lo mismo que ocurre en esta foto de aquí, la de Agustín y Tere. Por cierto, ¿tuvieron tres muchachos y una muchacha, no? Sí, creo que el mayor es bombero-torero.

Rafael García Navarro